



9/2010 (18)

Arzobispo Luis F. Ladaria SJ

La mediación de Cristo en la creación y en la salvación

El conocido himno de la carta a los Colosenses contempla a Cristo, en la totalidad de su misterio, como centro del designio divino que abarca en una mirada unitaria la creación y la salvación y que recibirá su consumación en la plenitud escatológica:

[El Padre] nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados.

Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por él y para él. Él existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia.

Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia; él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que sea el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas...(Col 1, 13-20).

La creación realizada por medio de Cristo y en Cristo encuentra en él mismo su finalidad última. Nada escapa a este primado de Jesús. La finalidad de la creación está en correspondencia con la reconciliación salvadora de todas las cosas que el Padre realiza por medio de Cristo. La creación, que tiene en sí misma un sentido y una consistencia, se encuentra de hecho inserta en un ámbito que la sobrepasa. Todo cuanto hace Dios *ad extra* encuentra en Cristo su sentido definitivo. La salvación que Cristo, enviado del Padre, trae a este mundo está preparada por la acción creadora que el Padre realiza mediante el Hijo que se hará hombre en la plenitud de los tiempos. En efecto, desde antiguo se ha notado que en el comienzo del evangelio de Juan: «En el

principio existía la Palabra» (Jn 1, 1) se encuentra una alusión al primer versículo del Génesis: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra» (Gn 1,1). Orígenes notó esta coincidencia en un famoso pasaje:

Cuál es este principio si no nuestro Señor y *Salvador de todos* (1 Tim 4, 10), Jesucristo, primogénito de toda la creación? (Col 1, 15). En este principio, es decir, en su Verbo, Dios hizo el cielo y la tierra... No se habla por tanto de un principio temporal cualquiera, sino que dice que *en el principio*, es decir, en el Salvador, fueron hechos el cielo y la tierra y todas las cosas que fueron creadas¹.

El primado de Cristo unifica, en el designio de Dios, el principio y el fin. La creación a comienzo del tiempo y la resurrección final se fundan en Jesucristo, dos veces primogénito (cf. Col 1, 15. 18; también Rom 8, 19; Ap 1, 5). No en vano él es el alfa y la omega, el principio y el fin (cf. Ap 1, 17; 22, 13). La creación del mundo en Cristo y mediante Cristo es a la vez consecuencia y el presupuesto de la voluntad salvífica universal de Dios. Es consecuencia de esta última en cuanto el designio de salvación es prioritario en el plan de Dios y sólo a partir de la convicción que este proyecto lo abarca todo tiene sentido hablar de la mediación universal de Jesús. En este sentido su acción creadora es consecuencia del designio de recapitulación universal al que en seguida nos referiremos. Pero es al mismo tiempo presupuesto de este mismo designio: solamente si Cristo lo domina todo desde el principio hasta el final puede ser Cabeza de todo; de lo contrario esta “recapitulación” no sería total o vendría desde fuera y por tanto no podría dar la plenitud intrínseca a todo cuanto existe.

Nos hemos referido ya a la recapitulación, idea que aparece en el himno inicial de la carta a los Efesios, en tantos puntos coincidente con el de la carta a los Colosenses:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en toda clase de bendiciones espirituales en los cielos, en Cristo, por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo...

¹ *Hom. in Gn.*, I 1 (SCh 7bis, 24).

Él nos ha hecho conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra (Ef 1, 3-5. 9-10).

Antes de la creación Dios nos había elegido y predestinado a ser sus hijos adoptivos en Jesucristo, habíamos sido ya bendecidos en Cristo. En este ámbito de la bendición paterna y de la salvación que han de tener lugar en Cristo se coloca la creación. Ésta no tiene en sí misma su sentido último, sino que camina hacia la recapitulación de todo en Cristo que debe tener lugar al final de los tiempos. No en vano Jesús es el «heredero de todo» (Heb 1, 2; cf. Rom, 8, 17). Con su resurrección ha sido constituido Señor (Hch 2, 36; Flp 2, 11). Dios le ha sometido ya todo (cf. Ef 1, 19-22), aunque este dominio no se ha manifestado todavía en plenitud (cf. 1 Cor 15, 25-28). La perfecta sumisión de todo a Cristo significa ante todo que todos los salvados participan de su vida divina, son una sola cosa con él, forman el cuerpo del cual Jesús es la única Cabeza. Todos los hombres que reinarán con Cristo son el Reino que él entregará al Padre para poder reinar al mismo tiempo con el Padre de Jesús y nuestro Padre. La recapitulación, la primogenitura de entre los muertos, la entrega del Reino al Padre, son aspectos diversos de la última plenitud de los tiempos, del segundo adviento del Señor en potencia y majestad. El mediador de la creación es el que la llevará al destino final. En el centro se halla el misterio de la cruz del Salvador, prefigurada ya desde el principio de los tiempos², y que dará paso a su resurrección gloriosa.

En los siglos segundo y tercero, la gran Iglesia tuvo que afirmar, frente a las doctrinas gnósticas y marcionitas, la bondad radical de la creación, obra del Dios bueno Padre de Jesús. Contra él pecaron ya los hombres al principio de los tiempos y por ello Jesús, el Hijo, mediador entre Dios y los hombres, nos ha concedido la gracia de la sumisión al Creador³. Se ve por tanto cómo el Logos es principio y es fin; ambos están efectivamente unidos en Cristo. En el centro de todo está Jesús, su vida entera que culmina en su muerte y su resurrección. Desde la creación

² Cf. Ireneo de Lión, *Adv. Haer.* V 18, 2 (cf. A. Orbe, *Teología de San Ireneo II*, Madrid-Toledo 1987, 237-241); también id. *Epid.* 34 (FP 2, 130).

³ Cf. Ireneo de Lión, *Adv. Haer.* V 17, 1 (SCh 153, 226).

el mundo camina hacia Jesús y su resurrección abre la vía hacia la consumación final ya presente en él como la primicia (cf. 1 Cor 15, 23). En Jesús muerto y resucitado se ofrece la salvación a todos los hombres, según el testimonio unánime del Nuevo Testamento: él es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cf. Jn 1, 29), ha dado la vida en rescate por la multitud (cf. Mc 10, 45), con su sangre nos ha liberado de nuestros pecados (cf. Ap 1, 5; 5, 9). No hay salvación más que en Cristo, «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hch 4, 12), Dios ha enviado a su Hijo único al mundo para que éste se salve por medio de él (cf. Jn 3, 16). La salvación que Cristo nos trae da su sentido último a la creación a la vez que la trasciende.

La unicidad y la exclusividad de la mediación de Cristo han sido explicitadas en el Nuevo Testamento en numerosas ocasiones. La más clara es tal vez 1 Tim 2, 3-6:

...Dios, nuestro salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo en rescate por todos» (cf. también 1 Tim 4,10; Heb 8, 6; 9,15; 12, 24).

La acción salvadora de Cristo en su muerte y resurrección, realizada una sola vez, tiene valor para siempre (cf. Heb 7, 27; 9, 12; 10, 10). Con ella cambia el curso de la historia, que culminará en la manifestación gloriosa del Señor. Así tanto la venida de Cristo al mundo como el final de la historia pueden ser cualificados como “plenitud de los tiempos” (Gál 4, 4; Ef 1, 10). Lo que esperamos para el momento final tiene su fundamento y su principio en cuanto ya ha acontecido en Jesús, salvador de todos. Por ello la tradición cristiana no ha tomado nunca en consideración la posibilidad de una figura salvífica que pudiera colocarse al mismo nivel de Jesús o que pudiera oscurecer su mediación única y universal. Las “mediaciones participadas” de que ha hablado el magisterio reciente⁴ tienen sentido solo en el ámbito de la mediación única de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y nunca en concurrencia con ella.

La función central de Cristo en la historia se fundamenta en el acontecimiento único de la encarnación: en ella Dios entra

⁴ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, decl. *Dominus Iesus*, 14.

en nuestra historia humana. El Hijo, al compartir nuestra condición, introduce en el decurso de los eventos humanos un elemento trascendente; así da un sentido unitario y definitivo a una sucesión de acontecimientos que en sí sería siempre ambiguo y abierto a una constante novedad. El concilio Vaticano II ha hablado del sentido definitivo que en Cristo adquiere la historia humana:

El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: «Hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que hay en el cielo y lo que hay en la tierra» (Ef 1, 10) (GS 45).

Cristo es el centro del designio de Dios porque este designio es de salvación. El nombre de Jesús indica precisamente su condición de salvador (cf. Mt 1, 21). Y este es el nombre que corresponde al Hijo en cuanto hombre, en cuanto encarnado. El hombre Cristo Jesús es el salvador de todos y el mediador universal. «Salus quia caro», decía san Ireneo⁵; y le hace eco Tertuliano «Caro cardo salutis»⁶.

El “escándalo” de la encarnación y el “escándalo” de la cruz van juntos. No es fácil aceptar que la salvación de todos dependa de un evento singular de la historia. De ahí ha surgido la cuestión: ¿cómo puede un hombre, en su limitación, abarcar la totalidad de Dios, y revelarlo en toda su grandeza? Por otra parte, ¿no es también limitada la humanidad de Cristo, aunque sea la humanidad del Hijo? ¿No sería más coherente reconocer que a una meta tan alta no se puede llegar por un solo camino?⁷ Son tentativas que en el fondo tratan de obviar uno de los puntos

⁵ *Adv. Haer.* III 10, 3 (SCh 211,124).

⁶ *De res. mortuorum* VIII 2 (CCI 2, 931)

⁷ *Relatio Symmachi praefectus Romae*, 10 (CSEL 83/3, 27): «Uno itinere non potest perveniri ad tam grande secretum». Cf. L.F. Ladaria, *Jesucristo salvación de todos*, Madrid 2007, 160-161.

centrales de la fe cristiana, Cristo esperanza única de la humanidad. Vale siempre la pena recordar un conocido pasaje del sínodo de Quiercy del año 853:

Como no hay, hubo o habrá hombre alguno cuya naturaleza no fuera asumida en él, así no hay, hubo, o habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo Jesús Señor nuestro... (DH 624).

El sínodo ha recogido la antigua enseñanza patristica de la unión de Cristo con toda la humanidad, fundamental para entender la eficacia salvadora universal de su muerte y resurrección. El concilio Vaticano II ha recogido también esta enseñanza:

El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo (*quodammodo*) con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (GS 22).

La encarnación del Hijo y toda la vida de Jesús constituyen el centro del designio paterno. Designio concebido antes de la creación, y realizado desde el primer instante con la mediación del Hijo que debía encarnarse. Desde el comienzo de los tiempos la creación está llamada a tener por cabeza a Cristo, que nos ha redimido del pecado y de la muerte. La creación y la salvación, con las distinciones necesarias entre ambas, se hallan en íntima relación, porque no hay de hecho otra creación más que la que encontrará en Cristo su plenitud.

La obra salvífica de Cristo y el misterio trinitario.

La función central de Cristo en la historia de la salvación no se puede considerar independientemente del misterio del Dios uno y trino que él, en su vida, nos ha revelado. Hemos hablado con frecuencia del Padre en nuestra exposición precedente, porque a Cristo corresponde el lugar central precisamente en la realización del designio paterno de salvación y reconciliación. El Padre es el que ha enviado a Jesús al mundo (cf. Jn 3, 17; 5, 37; 7, 28-29; Rom 8, 3; Gál 4, 6 etc.). Jesús se ha referido constantemente al Padre en todos los momentos de su vida: de Dios

Padre ha venido y a él vuelve (cf. Jn 13, 3; 14, 12), él es el Hijo amado (cf. Mc 1, 11par; 9, 7 par; Jn 15, 9; 17, 23-24. 26 etc.) y corresponde a este amor (cf. Jn 14, 31); su alimento es hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4, 34), ha bajado del cielo para hacer su voluntad (cf. Jn 6, 38-39). Jesús, en cuanto constituye el punto central del designio del Padre, nos remite a este último. Por ello la centralidad de Cristo no se puede entender si no es a la luz del misterio trinitario y como manifestación del mismo. Su función se entiende sólo si tenemos presente la iniciativa del Padre que en toda la vida de Cristo nos revela su amor por nosotros. Y significa a la vez tener presente la obra del Espíritu Santo, que Cristo ha recibido en plenitud y que después de su resurrección nos ha otorgado. Al universalizar la obra de Cristo el Espíritu la hace presente a todos los momentos de la historia, y, derramado en nuestros corazones, nos da la fuerza para vivir conformándonos con Jesús y siguiendo su ejemplo.

El cristocentrismo que hallamos en el Nuevo Testamento nos lleva por tanto a un teocentrismo igualmente radicado en la revelación cristiana que es, simplemente, el geocentrismo de Jesús. Jesús revela al Padre a los hombres, nos lleva a él (cf. Jn 1, 18; 14, 6-7), nos enseña a invocarlo con este nombre (cf. Mt 6, 9; Lc 11, 2). Como él vive en todo momento referido al Padre, quiere que hagan lo mismo sus discípulos (cf. Mt 5, 44-48; Lc 6, 35-36). Dios Padre es el punto focal de la vida de Jesús y ha de ser también el de sus seguidores, pero al Padre se llega solamente por Jesús. Estos datos son de importancia suma. Jesús no nos remite a un "Dios desconocido" (cf. Hch 17, 23), sino al Padre que él conoce y nos quiere revelar (cf. Mt 11, 25-26; Lc 10, 21-22). El Padre y el Hijo son inseparables: «Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo, posee también al Padre» (1 Jn 2, 23)⁸. Entre el teocentrismo que proclama al Padre como principio y meta de todo y el cristocentrismo que insiste en la única mediación de Jesucristo no hay en modo alguno oposición; más bien se reclaman el uno al otro. Jesús se refiere al Padre, y el Padre nos remite a Jesús: «Este es mi Hijo amado en quien me complazco: escuchadle» (Mt 17, 5 par). La Comisión Teológica Internacional se ha expresado en estos términos:

⁸ Concilio IX de Toledo (DH 532): «Nec enim Pater absque Filio cognoscitur, nec sine Patre Filius invenitur».

Por una parte el conocimiento de Jesucristo lleva al conocimiento de la Trinidad, y alcanza su plenitud en el conocimiento de la Trinidad; por otra parte no se da conocimiento del Dios trino sino en el conocimiento mismo de Jesucristo. De ello se sigue que no hay distinción alguna entre teocentrismo y cristocentrismo, sino que ambos designan la misma realidad⁹.

Pensar a Jesús como centro y culmen de la historia no significa desconocer el misterio de la Trinidad que tiene solo en el Padre su principio y su fuente. El Padre y el Hijo no pueden ser considerados el uno sin el otro. Y por otra parte ambos se encuentran unidos en el Espíritu Santo, que es el amor de los dos, la “*caritas procedens*”¹⁰, y también el “*amor unitivus*”¹¹ de los dos. Pero después de la encarnación y de la resurrección de Cristo la relación paterno-filial en el Espíritu Santo es con el Hijo encarnado: «la relación del Padre al Hijo encarnado en la consumación del don del Espíritu es la misma relación constitutiva de la Trinidad»¹². La afirmación cristológica de la asunción de la humanidad “según la hipóstasis” por parte del Hijo tiene consecuencias trinitarias y en concreto pneumatológicas. No hay una economía del Espíritu que se refiera a un envío del mismo por parte del Padre o del Hijo eterno sin referencia a la encarnación y al misterio pascual. El Espíritu Santo derramado en Pentecostés es, inseparablemente el *Spiritus Dei* y el *Spiritus Christi* (cf. Rom 8, 9).

La acción del Espíritu Santo ciertamente es universal, el Espíritu llena el universo (cf. Sab 1, 7). Pero ello no significa que su obra se pueda separar de la de Cristo y de su mediación universal. El Padre no hace nunca nada sin el Hijo y el Espíritu, que, según la metáfora de san Ireneo, son sus “manos”¹³. La relación entre Cristo, el Hijo hecho hombre, y el Espíritu comienza en el primer instante de la encarnación (cf. Mt 1, 18. 20; Lc 1, 35), y se prolonga durante toda la vida mortal de Cristo (cf. Mc 1, 9-12 par; Lc 4, 14. 18; 10, 21; Mt 12, 18. 28; Hch 10, 38; Heb 9,

⁹ *Teología, cristología, antropología*, l b), en *Documentos 1969-1996*, Madrid 1998, 243-264, 248.

¹⁰ S. Agustín, *Trin.* XV 6,10 (CCL 50,473).

¹¹ S. Tomás de Aquino, *STh* I 36,4; cf. también S. Buenaventura, *Breviloquium* I 3, 9.

¹² Comisión Teológica Internacional, o.c., I C) (250).

¹³ Cf. *Adv. Haer.* IV praef. 4; 20, 1 (SCh 100, 390; 626); V 5, 1, 6, 1; 28, 4 (SCh 153, 62-64; 72; 360).

14). En virtud de este mismo Espíritu Jesús ha sido constituido Hijo de Dios en poder en su resurrección (cf. Rom 1, 4). Es precisamente esta resurrección y glorificación la que hace posible el don del Espíritu (cf. Jn 7, 39): Jesús resucitado da el Espíritu a sus discípulos al atardecer del día de Pascua (cf. Jn 20, 22); Jesús subido al cielo recibe del Padre el Espíritu que derrama en Pentecostés (cf. Hch 2, 33). A causa de este vínculo intrínseco entre la resurrección y ascensión y el don del Espíritu (cf. también Jn 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7) el Espíritu Santo puede ser llamado Espíritu de Jesús, de Cristo... (cf. Hch 16, 7; Rom 8, 9; Flp 1, 9; 1 Pe 1, 11 etc.). Ciertamente el Nuevo Testamento no conoce una efusión del Espíritu que no se encuentre en relación con Jesús y particularmente con su misterio pascual.

La universalidad del don del Espíritu se encuentra en íntima relación con el dominio de Cristo sobre todo. Si por una parte la tradición ha insistido sobre todo en la presencia del Espíritu en la Iglesia, no faltan otros testimonios que amplían el horizonte¹⁴. Ya en los Hechos de los Apóstoles la presencia del Espíritu prepara la acción evangelizadora entre los paganos (cf. Hch 10, 19). Por esta razón cuando el reciente magisterio de la Iglesia ha hablado de una acción universal del Espíritu junto a su acción específica en la Iglesia no ha hecho más que subrayar el lugar central de Cristo salvador en toda la historia¹⁵. La universalidad del don del Espíritu y la universalidad de la acción de Cristo son inseparables. Afirma la declaración *Dominus Iesus*:

En el Nuevo Testamento el misterio de Jesús, Verbo encarnado, constituye el lugar de la presencia del Espíritu Santo y la razón (*principium*) de su efusión a la humanidad, no solo en los tiempos mesiánicos [...] sino también antes de su venida en la historia [...]¹⁶.

La humanidad de Cristo es el receptáculo del Espíritu, a partir del cual éste puede ser efundido sobre los hombres. La presencia

¹⁴ Cf. Hilario de Poitiers, *Tr. Ps. 56*, 6 (CCL 61, 164) : «Porque [Jesús] después de haber sido exaltado por encima de los cielos lo tenía que llenar todo con la gloria de su Espíritu Santo [el salmista] añade: *Y tu gloria sobre toda la tierra* (Sal 56 [57], 6). Porque el don del Espíritu derramado sobre toda carne era el testimonio de la gloria del Señor exaltado sobre los cielos».

¹⁵ Cf. Juan Pablo II, enc. *Redemptoris Missio* 29.

¹⁶ *Dominus Iesus*, 12.

del Espíritu en el mundo está unida por tanto a la presencia de Jesús, el Hijo encarnado, a su resurrección y exaltación, después de las cuales nos da el Espíritu que ha llenado su humanidad. Es la salvación que nos ha dado Jesús la que el Espíritu Santo hace llegar a todo el universo. Así el Espíritu

actúa el influjo salvífico del Hijo hecho hombre en la vida de todos los hombres, llamados por Dios a una única meta, ya sea que hayan precedido históricamente al Verbo hecho hombre, o que vivan después de su venida en la historia; de todos ellos es animador el Espíritu del Padre, que el Hijo del hombre dona libremente (cf. Jn 3, 34)¹⁷.

El don del Espíritu y su efusión sobre todos los hombres que lo quieren recibir no se coloca por tanto fuera o al margen de la mediación universal de Jesús, salvador del mundo. Más bien es la manifestación de la universalidad de la acción de Cristo. Si el Espíritu puede llegar a todas partes es porque a todas partes llega el influjo salvador de Cristo. El Espíritu Santo no es alternativo a Cristo ni se hace presente donde éste no puede llegar¹⁸.

Conclusión

La centralidad de Cristo en la historia de la salvación, que da a la historia entera su sentido, ha sido reconocido desde los primeros tiempos de la Iglesia. Jesús es el Logos, mediador de la creación, en el que todo subsiste y hacia el cual todo camina. Jesús es el centro de la historia en cuanto es el Hijo de Dios hecho carne y en cuanto es el “Cristo”, que ha recibido la unción del Espíritu y lo comunica a sus hermanos. La obra salvadora de Cristo no se entiende sin referencia a su condición filial, a su referencia al Padre; nuestra plenitud es la participación en su filiación. No se entiende tampoco sin el Espíritu Santo, que ha guiado su camino histórico hacia el Padre y por cuya acción podemos ser configurados con Cristo y hacernos hijos de Dios.

¹⁷ Ib.

¹⁸ *Redemptoris Missio* 29: «[El Espíritu] no es alternativo a Cristo, ni llena una especie de vacío [...] entre Cristo y el Logos. Todo lo que el Espíritu obra en el corazón de los hombres, o en la historia de los pueblos, en las culturas y en las religiones, asume una función de preparación evangélica y no puede no hacer referencia a Cristo, Verbo hecho carne...».

No se comprende la obra de Cristo sin la referencia trinitaria. Las tres personas de la Trinidad son inseparables y actúan por tanto inseparablemente, como dice un principio clásico de la teología¹⁹. Principio que evidentemente ha de ser completado añadiendo que cada una de las personas actúa según su propiedad personal irrepitible. Cristo, el Hijo, es solamente en su relación al Padre y al Espíritu Santo, y por ello ni su persona ni su obra pueden considerarse sin tener presentes las otras dos personas. Solamente a la luz del misterio trinitario recibe la totalidad de sentido la mediación universal de Jesús. La centralidad de Cristo no oculta sino que manifiesta que el misterio del Dio uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el centro de la vida y de la fe de los cristianos.

¹⁹ S. Agustín, *Trin.* I 4,7 (CCL 50, 36): «...pater, filius et spiritus sanctus sicut inseparabiles sunt, ita inseparabiliter operentur».